

Investigación

La construcción del sujeto político joven*

Marcelo Colussi y Walter Paniagua**

*Se publica en el marco del 12 de Agosto, que es Día Internacional de la Juventud y declarado "Día Nacional de la Juventud" en Guatemala por el Congreso de la República, según Decreto No. 44-2008

** Ambos son psicólogos y trabajan en la Universidad de San Carlos de Guatemala, el estudio lo realizaron para el Centro de Estudios sobre Conflictividad, Poder y Violencia (CENDES), realizado en agosto 2012.
mmcolussi@gmail.com y wa_paniagua@hotmail.com

Resumen

La palabra "política" está negativamente cargada. Sin más, dada nuestra historia, se asocia con prácticas cuestionables, no lejanas a la transgresión. De ningún modo, más allá de una nada creíble aproximación escolar que la liga con elecciones periódicas, se identifica con acción de la comunidad, con contraloría social, con participación ciudadana. Sin dudas, es un término desacreditado. Pero política no es eso. O, al menos, permite algo más que esa visión simplificada y prejuiciosa. En tanto seres sociales, miembros de la *polis*, todos por igual somos *políticos*.

La juventud, en tanto etapa cargada de energía, de vitalidad y descubrimiento de muchos aspectos de la vida, es un momento especialmente fecundo en cada ser humano. El presente texto busca ligar la juventud con la práctica política, entendida como involucramiento de todos los jóvenes por igual en la solución de los problemas sociales comunes que nos afectan a todos por igual. No es ocioso decir que hay una declarada esperanza en los jóvenes, en tanto semilla de un porvenir distinto (superador, por cierto) del hoy, tan cargado de injusticias y asimetrías.

Palabras claves:

Juventud, política, poder, participación social, transformación.



The construction of the Young Political Subject

Summary

The word “politics” is misperceived. Thus, due to our history, is associated with questionable practices, not far to the transgression. By no means, beyond to a non credible school approximation that relates it with periodically elections, it identifies itself with the community action, with social controllership, with citizen participation. Undoubtedly, it is a discredited term. But politics isn't that, or at least it allows something else different than that simplified and biased vision. As social beings, members of the polis, we all are politicians. Youth, as a phase full of energy, vitality and discovery of many life aspects, it is an especial fruitful life moment of every human being. This paper aims to link youth with the politics practice, understood as involvement of all young alike in solving common social problems that affect us all equally. It isn't idle to say that there is a stated hope in young people, as seeds of a different future (certainly, overcoming) from today, so full of inequities and asymmetries.

Key words

Formative assessment, teaching-learning, involvement, feedback, comprehensive training.

1.1 Del sujeto biológico al sujeto social

El Ser Humano en su conjunto, cada sujeto que hace parte de la especie, cada individuo es siempre una construcción social. ¿Qué significa eso? Que no hay un sujeto dado de ante-mano, fuera de la historia, fuera de lo social.

No existe un individuo separado de los tejidos sociales, que pueda sobrevivir solamente en términos biológicos. Si eventualmente una cría humana no fuera atendida por sus progenitores humanos, se amamantara y luego conviviera con animales salvajes (como de hecho ha sucedido en algún caso: monos o perros que sustituyeron a una familia humana por distintos azares del destino), ese ser quizá podría sobrevivir en términos biológicos... **¡pero no sería un humano!**



Humanizarse, “hacerse” un humano, no es sólo cuestión anatómica o fisiológica. Es algo **cultural**, que **depende de los otros, del todo social**. El “instinto” animal no alcanza para dar cuenta de cómo somos. La dimensión humana se alcanza sólo en un mundo de relaciones humanas: la biología no es suficiente para humanizarnos.

Veamos esto con algunos ejemplos. Si pretendidos instintos rigieran nuestra vida, el instinto de sobrevivencia por ejemplo, ¿cómo entender la interminable cantidad de situaciones violentas que, día a día, atentan contra la vida? ¿Cómo entender las guerras? ¿Y los asesinatos? O incluso conductas de violencia que ejercemos nosotros mismos: todos sabemos que fumar puede producir cáncer... ¡pero seguimos fumando! O que al tener una relación sexual con desconocidos/as hay que protegerse debidamente... ¡pero por día 3,000 personas en el mundo contraen el VIH, en la gran mayoría de los casos por contactos sexuales sin protección! ¿Dónde queda el “instinto de sobrevivencia” entonces?

De igual modo podría darse una serie de ejemplos en diversos campos. “Instintivamente”, biológicamente digamos, todos los individuos de la especie humana deberían alimentarse. Ningún animal, salvo por razones de estricto orden natural (una sequía por ejemplo), deja de encontrar

su alimento natural. Pero no sucede lo mismo con los seres humanos. Hoy día se produce cerca de un 50% más de los alimentos necesarios para que toda la Humanidad pueda nutrirse adecuadamente... ¡y el hambre es la principal causa de muerte! No hay razones biológicas que puedan explicar eso; se trata de otra cosa: **luchas de poderes, razones eminentemente político-sociales**. ¿Qué causa biológica podría decidir que alguien se sienta, y actúe en consecuencia, como miembro de la realeza? ¿Acaso alguien realmente vale más que otro? ¿Puede aceptarse como una verdad irrefutable que alguien sea “de sangre azul”? Junto a eso: ¿qué “instinto” decide que muchos no lleguen a cumplir con su dieta mínima? **Lo social, que es la verdadera naturaleza humana, no se explica por la biología.**

Con todos estos ejemplos vamos viendo cómo lo humano no se agota en su nivel puramente físico-químico. El orden de lo sexual puede permitir verlo más en profundidad aún. Según la idea dominante, el sexo respondería a un presunto orden instintivo donde lo “normal” estaría dado por el acoplamiento de macho y hembra de la especie en búsqueda de dejar descendencia. Esto es posible... a veces. Pero en innumerables ocasiones (muchísimas más de las supuestamente normales) ese apareamiento no sucede. Algo cultural, social, no biológico, viene a “desbaratar” ese



circuito. Y tenemos ahí la interminable lista de problemas ligados a lo erótico que ponen en entredicho la pretendida “normalidad”. Un macho de la especie puede buscar otro macho, y una hembra otra hembra, por ejemplo.

Pero también se puede buscar un animal (zoofilia), un cadáver (necrofilia), una prenda íntima (fetichismo) y un largo etcétera que da para mucho (¿no hay también pedofilia, relaciones de las más variadas y para todos los gustos?). En adición a ello, no es cierto que cada vez que se unen sexualmente dos seres está en juego la reproducción. ¿No son también sexuales artefactos culturales que ningún otro animal usa?, por ejemplo: una muñeca inflable, un vibromasajeador. ¿Y qué decir de conductas tan inexplicables desde lo instintivo como el voto de castidad, o la monogamia oficial siempre traicionada “bajo de agua”? ¿Qué es la homosexualidad: un privilegio (como lo era para los aristócratas varones en la Grecia clásica o lo es en ciertas tribus norteamericanas), un pecado, una enfermedad psíquica, una opción más entre tantas? ¿Cómo entender, si nos quedáramos con la idea de una fuerza instintiva, tanto tabú en torno al tema sexual? Si fuera tan natural ello no debería suceder..., y curiosamente es el ámbito humano más prejuiciado, más marcado por la cultura.

En conclusión: lo que los seres humanos hacemos, pensamos, decimos cotidianamente es producto de una compleja serie de **determinaciones sociales**. No hay un sujeto en el aire, libre de cargas históricas, culturales y políticas que lo moldeen. El mito de Tarzán no puede pasar de ser eso: un mito. Alguien criado “solo” en el medio de la selva, aunque biológicamente pueda sobrevivir, no es un ser humano en sentido estricto. Para ser un ser humano hay que ingresar en un orden cultural, social, hay que tener una identidad, una ideología. Más allá que alguien lo quiera o no, nadie puede prescindir de todas estas cargas. Más aún: en sentido estricto no son “cargas”, con todo lo peyorativo que pueda tener el término, sino los infaltables mecanismos que nos van constituyendo como seres sociales.

Pensemos en el nombre propio. No hay nada menos propio que eso. Nos acompaña toda nuestra vida, y aún después de ella, porque con esa etiqueta se nos entierra: “*aquí yace fulano de tal*”. Somos eso, somos el nombre propio, pero es lo que menos elegimos: antes de nuestro nacimiento, quizá antes de nuestra concepción incluso, ya está decidida la que será nuestra marca para toda la vida, y también para la eternidad. Así, de esa manera, funcionan las determinaciones sociales, culturales: nadie las puede elegir, pero ahí están marcándonos toda nuestra existencia.



Nadie elige la posición social donde nace, su identidad cultural, su situación económica. Incluso la identidad sexual (“ser como papá o como mamá”) no es algo dado de antemano. Todos estos aspectos se hacen, se van construyendo en la historia, son un producto al que se llega.

En ese sentido no existe un sujeto neutro, bueno o malo, fuera de las determinaciones que le dan forma. Todo lo humano es una construcción, nunca exenta de contradicciones, y donde el conflicto no es un cuerpo extraño sino que está siempre presente en esa dinámica.

Lo dicho nos permite ver entonces que la idea misma de “normalidad” es también una construcción, por tanto cambiante, histórica. Lo normal en un contexto puede ser disfuncional en otro. La normalidad, de este modo, es una compleja suma de códigos fijados históricamente.

1.2 La realidad como construcción histórico-social

Una botella de un litro de capacidad que contiene medio litro, ¿está medio vacía o medio llena?

De acuerdo a la tradición aristotélico-tomista con la que está construido nuestro sentido común, la realidad es una, dada desde siempre, puesta ahí, delante de nosotros, en forma indubitable a la espera que el ser humano se contacte con ella. Según esta cosmovisión (que es el punto de vista dominante, que es la forma de pensar “oficial” de nuestro mundo occidental) la realidad, en definitiva, existe independientemente del sujeto que se relaciona con ella.

En ese marco, la verdad es la *“adecuación del sujeto que conoce con la cosa conocida”*. La cosa, la realidad, está siempre ahí a la espera que el sujeto se dirija a ella para aprehenderla, para conocerla a través de sus sentidos y la razón. Esa fue la idea dominante por dos milenios en nuestra tradición occidental, y es la concepción que sigue prevaleciendo en el actual sentido común. El peso está puesto en la realidad objetiva.

En el Renacimiento europeo, con el cambio de paradigmas que comienza a tener lugar en ese momento histórico de

la humanidad, la noción de la realidad va variando. Con el mundo moderno que se empieza a construir a partir del nuevo ideal de ciencia, la realidad va a pasar ser “construcción”, es decir: producto de la forma en que el sujeto se relaciona con la cosa.

La realidad deja de ser una, única, inobjetable. Llegados al presente, con el desarrollo de un pensamiento que se va descentrando cada vez más de la realidad objetiva como garantía misma de su existencia dada por un ser supremo creador, con un pensamiento mucho más centrado en el sujeto, interesa fundamentalmente el proceso de “construcción” de esa realidad. En ese sentido, la realidad pasa a ser entendida como construcción histórica, por tanto cambiante, variada, siempre relativa. El peso se va poniendo más en el sujeto y en las relaciones que establece con la cosa.

Retomando el ejemplo de más arriba, entonces: así como una botella está medio vacía o medio llena según el punto de vista que se adopte, así comienza a entenderse esta nueva visión de la realidad. La verdad deja de ser un absoluto. Podría preguntarse, no sin cierta dosis de incertidumbre, o de ansiedad incluso: ¿pero está medio vacía o medio llena? Pues ambas cosas.

La realidad no es algo que está allí, independiente del sujeto: **la realidad es una construcción social e histórica.** Algo puede ser varias cosas al mismo tiempo, según desde el proyecto humano que se lo considera: botella “medio vacía” o “medio llena”, según el ejemplo que acabamos de utilizar. **Las verdades, entonces, no son eternas: son construcciones históricas, sociales.**

La realidad humana es un complejo entrecruzamiento de causas y niveles de explicación: biológico, psicológico, social y espiritual. Las aristas de acercamiento al sujeto pueden ser diferentes. Para captar la realidad es necesario un **pensamiento complejo**, no mono-causal. La realidad depende de quién habla y valora, en función de qué proyecto de vida la aborda. En ese sentido las verdades nunca son absolutas.



Pero que no haya verdades absolutas **no debe llevar a un relativismo** donde todo vale. **Hay ética**, que es lo que nos marca una escala de valores para movernos en el mundo. El relativismo no tiene por qué desembocar en un precipicio ético ni conducir a la inhibición política. Al contrario, exige un compromiso más combativo que cuando se adopta una opción normativa y adaptativa. No nos desarma ante las opciones haciéndonos inútiles para el debate. Por el contrario, nos hace responsables de nuestras elecciones y estimula el debate. Todos los ataques que se han hecho contra el relativismo no le perdonan el haber asestado un golpe mortal al principio mismo de autoridad.

No existe una “normalidad” en el vacío. La idea de normalidad es una construcción histórica, coyuntural, ideológica. No hay fenómenos puros. Las cosas son lo que son en dependencia de un marco general que las sitúa. Eso es la ideología. Las verdades de un momento histórico determinado son construcciones hechas desde el **ejercicio de un poder**.

En el campo de lo social ello es más evidente aún que en el ámbito de la naturaleza: las verdades humanas, las construcciones sociales, se hacen desde un discurso hegemónico. Dicho de otro modo: **la historia la escriben**

los que ganan. Lo que una sociedad tiene por verdades, son construcciones hechas desde los poderes dominantes.

1.3 Lo político como marco general de todo lo humano

La política no es algo que pertenece sólo a los políticos profesionales; esa es una visión muy parcial, sesgada y, fundamentalmente: peligrosa. La ideología dominante ha introducido esa concepción, pero lo político, por el contrario, está incorporado en todo lo humano, es algo que se presenta en la cotidianeidad. De ningún modo es patrimonio de especialistas.

Si la naturaleza humana consiste en ser un ser social, determinado siempre desde una historia y un posicionamiento concreto, se puede decir que el sujeto es inexorablemente un sujeto de la *polis*, en el sentido de la ciudad-Estado griega clásica. Es decir: un miembro de la organización social que lo fija, lo constituye, lo marca. Nadie puede escapar a esas determinaciones. Se nace y ya se pasa a ser uno más de esa *polis*, de ese conjunto que decide en muy buena medida



nuestros destinos. En sentido amplio, entonces, todos somos “políticos”.

No hay ser humano que no sea sujeto político, que no sea parte de la *polis* como orden que lo antecede. Estamos insertos en un mundo político, por eso no debemos tenerle miedo a la política. La política, en ese sentido, es aquello que nos constituye, que está metido en nuestra vida cotidiana y nos mueve, aunque creamos que no estemos vinculados a ello. La política es mucho más que la mezquina idea de un cargo público o el cumplimiento del requisito ciudadano de votar cada cierto tiempo. Como el discurso que habitualmente la mayoría repite es el dominante, el hegemónico, el que imponen los factores de poder (*“el esclavo piensa con la cabeza del amo”*, se ha dicho acertadamente), entonces se repiten estereotipos sobre la política. De ahí que tenemos una larga lista de dichos que nos condicionan nuestra noción de lo político: *“la política es sucia”*, *“es de mafiosos”*, *“cosa de aprovechados”*.

Junto a ello, como otros prejuicios igualmente cuestionables, se encuentran aquellos que ligan “política” con lo que fuera la situación del país algunos años atrás, durante los momentos más duros del conflicto armado interno, viéndola como peligrosa: *“si le pasó algo a fulano, es porque andaba metido en política”*, *“lo desaparecieron por andar metido en babosadas”* (entiéndase: militancia política). En definitiva, de un modo u otro, para esta visión superficial de las cosas, lo político es algo con lo que mejor guardar distancia, ya sea por “sucio” o por “peligroso”.

¡Pero esa es una visión sesgada, incompleta, muy tendenciosa! Mofándose de esa concepción, el francés Paul Valery pudo decir sarcástico: *“la política es el arte de evitar que la gente se involucre en lo que realmente le concierne”*. Esto permite ver lo que realmente sucede en el mundo real: la política ha pasado a ser un campo específico de técnicos autónomos que toman en sus manos la presunta representación de las grandes mayorías, cuidándose muy bien que la gente de a pie, los sujetos concretos de carne

y hueso no pasen de una participación muy superficial. Política, entonces, según esa concepción sería lo que hace un grupo de técnicos en nombre de la gran mayoría.

Así entendida, sin dudas que la política es algo “mafioso” o, al menos, cuestionable. Pero sin ningún lugar a dudas todos los miembros de la comunidad, sin ninguna distinción, están tocados por similares problemas comunes. En tal caso, comunes deben ser también las soluciones. Lo político, entonces, es **tomar parte activa en la discusión de esas cosas comunes**. Eso no es ni “sucio” ni “peligroso”. ¡Es imprescindible! El aumento de los precios, la falta de agua potable, el proyecto de país que queremos o la reparación de un camino vecinal son cuestiones que afectan al colectivo. ¿Cómo pensar que el colectivo no debería involucrarse en todo ello?

Leer más:

http://ipn.usac.edu.gt/?page_id=9147